

## DERIVACIONES SOCIOLOGICAS DE LA INDUSTRIALIZACION DE AFRICA

UN fenómeno general común a las jóvenes generaciones africanas es la brusca ruptura con las estructuras tradicionalmente adoptadas por sus sociedades autóctonas. El prolongado contacto con otras formas de vida aportadas por la presencia occidental; las transformación operada en sus peculiares economías por la introducción de nuevas formas de aprovechamiento de las riquezas naturales; la aparición de las grandes concentraciones humanas con la subsecuente presencia de los fenómenos que el urbanismo provoca; todo ello crea y fomenta amplios fenómenos que repercuten, inmediatamente, en el presente y futuro de la humanidad africana.

Es preciso considerar que la introducción, por el colonismo, en los cultivos del Continente de nuevas especies de gran rendimiento económico, ha producido una verdadera revolución agraria. Tales son el cacao, té, café, caucho, algodón, etc. La agricultura ha pasado del minifundio tradicional a los grandes latifundios de las explotaciones europeas intensamente mecanizados. El suelo, patrimonio de la comunidad nativa, se ve recortado y esquilmo por el colono que, simultáneamente, necesita un mínimo de operarios en comparación con los que requiere el cultivo verificado con arreglo a los métodos tradicionales. La tribu se ve, así, privada del área de expansión que requiere su habitual cultivo itinerante y, al propio tiempo, se fomenta el recelo interno ante la desigualdad económica que existe entre el agricultor que vive de su propio y rudimentario cultivo y el que, como bracero, labora en las explotaciones europeas disfrutando de un salario relativamente elevado.

La introducción de nuevos elementos de vida material provoca hondas modificaciones en la cultura autóctona. Con toda justicia, Lefèvre ha podido señalar que la evolución de las culturas de la sel-

va cambió bruscamente por la introducción del cacao y del café, «la nueva cultura trastorna la familia y el régimen de propiedad tradicional, es decir, la organización misma de la sociedad negra» (1). Y análogas modificaciones sociológicas crean otras actividades generalmente ignoradas por las sociedades primitivas. Así ocurre con la minería. «La organización de las minas está cambiando la vida africana —dice Roy Lewis (2)—. El indígena no está bajo ninguna autoridad del jefe; después del trabajo se siente un hombre libre con dinero en el bolsillo... Este es un factor nuevo y de trascendencia incalculable en el cambio social.»

El hecho reciente de la industrialización en todos los territorios africanos es, precisamente, el punto de origen de los distintos problemas que tratamos. Para uno de estos países explica el autorizado científico Schauder: «Nosotros participamos y heredamos los inevitables problemas de la rápida industrialización de Sud Africa con todas las consecuencias de alojamiento y servicios sociales propios de las grandes ciudades. La revolución industrial en Sud Africa ha surgido en el breve espacio de dos generaciones, durante cuyo tiempo la economía del país se ha transformado desde un tipo agrícola, frecuentemente nómada, a un estado industrializado moderno» (3). Estas consecuencias son válidas para los más variados países del Continente.

Con este hecho se ha producido, innegablemente, una sustitución brusca de culturas, lo cual plantea un espinoso problema porque cada una de ellas es el resultado de una secular adaptación al suelo, al cuadro de la existencia natural y adquirida y actúa sobre el plano psicológico e, inclusive, sobre los caracteres morfológicos. Es esta una verdad que la biología ha revelado y que la ciencia más reciente de las civilizaciones nos hace aparecer en contradicción con ciertos postulados muy en boga.

Esa sustitución se ha efectuado sin tener en cuenta que la orga-

---

(1) R. LEFÉVRE: «Cacao et café cultures révolutionnaires. L'évolution des peuples de la forêt». *Revue de Géographie Humaine et d'Ethnologie*, núm. 4, Paris, octubre 1948-octubre 1949.

(2) ROY LEWIS: «Sierra Leone». *Her Majesty's Stationery Office*, London 1954; págs. 203.

(3) ADOLPH SCHAUDER: «Generous Housing for South Africa's Natives». *Optima Review*, vol. 3, núm. 4, pág. 2, December 1953.

nización tribal, para el alma africana, es la manifestación de un contexto social preciso; es el producto de unas condiciones sociológicas muy claras que impregnan todas sus culturas. Muchas veces sus características genuinas sorprenden brutalmente porque son antagónicas a nuestros conceptos formales, pero deben ser admitidas porque revisten una fidelidad absoluta.

La consecuencia de tan intensas y amplias subversiones es la aparición de las grandes urbes que hoy jalonan el Continente. La activa industrialización que se efectúa en toda la extensión africana es causa primordial de la concentración urbana. «La industrialización —afirma Roda (4)— con sus fuertes inversiones de capital, que abren nuevos horizontes a la riqueza y al trabajo, con el poderoso impulso que da al movimiento de los cambios, al comercio, a los transportes y a las actividades financieras, crea elementos, valores y condiciones de vida que ejercen una atracción irresistible sobre ciertos sectores de población, no sólo de la clase trabajadora y de los medios rurales, sino también de otros elementos sociales que habitan los centros urbanos secundarios, porque a todos les es común la propensión a concentrarse allí donde pueden encontrar mejores condiciones de existencia.»

Del gigantesco coeficiente de desarrollo que han alcanzado algunas metrópolis africanas vamos a citar tan sólo algunos ejemplos. Casablanca, en un tercio de siglo ha pasado de 30.000 a 555.000 habitantes. De esa cifra total 430.000 son marroquíes, siendo así que en 1917 eran solamente 45.000. Leopoldville, que albergaba 67.000 nativos en 1942, pasó a 118.000 en 1947 y en 1952 llegó a 230.000 habitantes indígenas. La población tunecina crece una cuarta parte cada diez años. El censo de 1936 establecía 2.600.000 habitantes y el total es hoy de 3.600.000 almas. Por otra parte si la población total ha aumentado la cuarta parte, la población urbana se ha duplicado.

La ciudad de Thies, a 60 kilómetros al este de Dakar, constituye un buen ejemplo de cuanto decimos. En 1883 contaba con un centenar de habitantes. Actualmente pasa de los 40.000. ¿Qué acon-

---

(4) RAFAEL DE RODA: «La atracción ejercida por los centros urbanos e industriales en los países que viven en proceso de industrialización». *Archivos del Ideo*, núm. 23, Madrid, 1952.

tecimiento ha impulsado este formidable incremento demográfico. De 1883 a 1885 pasó de un centenar a 1.100 habitantes a consecuencia de la instalación de una estación ferroviaria que permitía centralizar la exportación de las araquidas. De 1910 a 1921 pasa de 3.000 a 6.000 almas debido a la guerra europea, al crearse una base militar. En 1924, al abrirse la línea Dakar-Bamako la población asciende a 13.000 habitantes. Acuden obreros de todos los orígenes: Peuls, Sarakolés, Tuculers y Bambaras. La guerra de 1940 hace el resto. La mano de obra africana se recluta en gran escala e invade la población (5). Y esa muchedumbre, carente de preparación, es la que, más tarde, cuando cesan las oportunidades normales, nutren las poblaciones bajo la forma de los inadaptados, propensos a todo género de rebeldías ante el orden social establecido.

La tendencia del hombre hacia la concentración urbana no es un fenómeno accidental y esporádico, sino que se manifiesta en todos los tiempos y en los más diversos lugares geográficos. Actualmente el empuje demográfico se acentúa con la elevación del nivel de vida y el progreso del estado sanitario.

El crecimiento de la población en esas zonas aumenta la presión demográfica de manera inquietante. En contrapartida, en el campo del interior, la carencia de mano de obra se incrementa incesantemente. Esto se produce con caracteres particularmente agudos en los países pobres. Así, en Túnez, la mayoría de los seminómadas han afluído a la ciudad y se han instalado en *bidonvilles*, hacinamientos en los que carecen de los más elementales requisitos urbanos. Es evidente que las masas que subsisten en tales condiciones han de ser presa fácil para toda actividad que suponga una liberación, siquiera sea momentánea, de tan precaria condición.

Ese gigantesco éxodo rural provoca graves daños a la economía indígena al dejar sin cultivos adecuados a amplias zonas del Continente. Pero queda detenido en aquellos lugares en que grandes explotaciones agrícolas occidentales permiten satisfacer salarios elevados a los trabajadores indígenas. Esto sucede, por ejemplo, con las plantaciones de Heveas de la Compañía Firestone en Liberia. Esos centros registran un aflujo considerable de nativos que proceden de los territorios

---

(5) G. SAVONNET: «Evolution démographique de la ville de Thies». *Notes Africaines*, núm. 56, Dakar 1952.

circundantes en busca de medios económicos difíciles de obtener en sus tribus y del prestigio de que hoy se halla rodeado el que ha vivido en las ciudades o en las grandes factorías. Este hecho de la aureola artificial que rodea al indígena destrribalizado es un factor que, tal vez, no se ha valorado en sus debidas proporciones cuando se analizan las causas del éxodo rural.

Entre los motivos que favorecen el absentismo en Africa actual, el principal consiste en el señuelo económico. El espejismo de los altos jornales actúa como potente imán sobre la juventud negra. En las comarcas en que los recursos económicos naturales son precarios o en que la ignorancia de sus pobladores no les ha permitido sacar amplio partido, esa atracción de la ciudad estaría justificada. Pero se produce igualmente en terrenos en que la Naturaleza es pródiga. El deseo de un rápido enriquecimiento y el ansia de disfrute de placeres y comodidades que no existen en la aldea es el motor que impele a ingentes muchedumbres nativas a encaminarse a la ciudad.

Es así como las estructuras económicas y sociales han ido cediendo paulatinamente ante los acontecimientos exteriores. Sucede que tal vez los resultados reales no responden a las ilusiones concebidas. Una gran parte de esas muchedumbres que se encaminan a la ciudad creyendo hallar en ella la riqueza y el bienestar no encuentran el ansiado acomodo y caen en la desesperación entregándose a los vicios y lacras de los bajos fondos. La prostitución, el robo, el alcoholismo y todo género de inmoralidades son el cauce natural en que desemboca la desilusión de estas masas africanas lanzadas al torbellino de una vida extraña a sus tradiciones y a su propio espíritu. Esa juventud desarraigada de su propia vida tribal se ve pronto pasada de edad y sin medios serios de ganarse la vida. Se crea así un grave problema social al que no pueden ser indiferentes los organismos estatales.

La destrribalización, la brusca ruptura del africano con su pasado y subsiguiente incorporación prematura a una civilización antagónica en sus fundamentos ha provocado problemas sociológicos muy agudos en la estructura nativa. Bueno o malo, en la primitiva sociedad indígena existía un equilibrio acomodado al ambiente por siglos de tradición. La irrupción en el Continente de conceptos y fenómenos que el Occidente había elaborado paulatinamente ha provocado la brusca ruptura de este equilibrio, y el indígena ha pasado, sin tránsito apenas apreciable, de una sociedad cultivadora y ganadera a otra de tipo

industrial. No se ha dejado el tiempo suficiente para que se produzca una adaptación a los nuevos modos de vida y de ello resulta una situación sociológica inestable para el nativo. El desenfreno en la práctica de las nuevas costumbres es la norma general que impera en las grandes concentraciones del Africa negra.

La principal característica que define a estas masas desarraigadas es la desaparición, en sus nuevas condiciones de vida, de los vínculos y obligaciones tradicionales. Habiendo desaparecido el marco natural de la tribu, el nativo se halla a merced de los azares de la gran ciudad. Se asiste, entonces, a una verdadera disgregación del hombre y del medio. Claro está que existen unidades étnicas que resisten mejor que otras este embate demoledor. El Profesor Montagne cita como ejemplo los 13.000 marroquíes instalados en Francia. Los inmigrantes berberofonos se agrupan en comunidades y conservan sus instituciones largo tiempo, resisten mejor las influencias perniciosas de las grandes urbes que los inmigrantes arabofonos, más dispersos e individualistas. Así, la criminalidad en medio arabofono es incomparablemente más importante que en medio berberofono.

El resultado de las desfavorables circunstancias que rodean al nativo desarraigado se refleja en multitud de hechos significativos. Así, los estudios sobre la mortalidad infantil entre los Bukoba del Africa Oriental revela que el 27 por 100 de los recién nacidos mueren en el primer año de vida y que esta elevadísima cifra llega casi hasta duplicarse entre los nativos que viven o han vivido largo tiempo en las grandes aglomeraciones urbanas. El índice de niños muertos antes de los cinco años, de madres entre los quince y cuarenta y cinco años, es del 30 por 100. Entre los Kwimba, las cifras de mortalidad infantil son análogas a los Bukoba.

Se ha hablado mucho, tal vez demasiado, sobre la influencia moralizadora de la civilización occidental. En determinados aspectos existe un irrefutable progreso especialmente en lo referente a la desaparición de prácticas y costumbres indígenas sangrientas o inmorales. Pero no es menos cierto que, junto a ese fenómeno, se comprueba que, en cierto modo, ante el embate violento de la nueva civilización, el indígena africano ha perdido la conciencia de su ser y ha visto desvanecerse todas sus ideas de moral. La desaparición de las instituciones tradicionales provocan el abandono de las prácticas religiosas. Esta práctica se calcula que es diez veces menos importante en medio pro-

letarizado que en los otros medios. Este abandono cede su lugar a nuevos ideales, tales como el nacionalismo y las reivindicaciones económicas. El nacionalismo surge, principalmente, de un sentimiento negativo de oposición a la presencia occidental y de un sentimiento de frustración hacia un mundo en el que no se ha hallado acomodo.

El exorbitante auge que existe hoy en todo el Continente de la delincuencia, la prostitución y el alcoholismo, son testimonios convincentes de esa desintegración de la vida social indígena. Respecto del alcoholismo, encontramos que en la perturbación experimentada, que hoy reviste las características de un gravísimo problema social, el factor clave reside, precisamente, en la aparición de licores de extraordinario poder alcohólico, de invención occidental, que reemplazan a las bebidas tradicionalmente conocidas. Simultáneamente se produce una desenfrenada pasión por la bebida inmoderada, rebasando los límites que la costumbre tenía establecidos. La ingestión de licores realmente inofensivos en común ha sido reemplazada por la embriaguez individual. En toda la extensión de Africa se conoce desde tiempo inmemorial la bebida tribal. Así, entre los Moru, de la cuenca del Nilo, la cerveza que preparaban las mujeres pertenecía a todos, depositándola en un edificio público. El que tenía sed, indígena o viajero, podía beber a su antojo, pero sin poder llevar esta bebida a su casa, ni abusar jamás. La embriaguez era totalmente desconocida.

En la extensión y el arraigo de esas viejas fórmulas cabe adivinar la existencia de profundas corrientes que dimanen de su propio genio social, de un clima anímico que es la condición misma de su existencia. Ha sido precisa la instigación o el ejemplo occidental para que el nativo rebasara los límites secularmente establecidos. Reconoció d'Almada, en el Congreso Colonial Internacional de París, en 1900, que «como la mayor parte de estos naturales, habituados a una existencia sencillísima encuentran a su alrededor, en los productos de la tierra, cuanto les es necesario, los esfuerzos de los supuestos colonizadores han de combinarse de modo que susciten nuevas demandas, especialmente la del aguardiente o un veneno cualquiera bautizado con ese nombre: entre los negros impulsados a la locura, la moneda, antes desconocida, sólo se utiliza para la compra de ginebra».

El gigantesco incremento registrado en el consumo de bebidas alcohólicas en el Africa negra durante los últimos veinte años, es

un índice significativo de la importancia que ese azote ha llegado a adquirir. En Tanganyika, por ejemplo, la importación de bebidas alcohólicas (sin incluir el vino), alcanzó la suma de 181.239 libras en 1952, cantidad superior a la registrada por importaciones de tabaco, madera, corcho, pieles, lanas, etc. En Kenya el mismo año registró una importación de bebidas alcohólicas por un valor de 440.899 libras, sin incluir los vinos.

Esa tendencia hacia el alcoholismo que señalamos es característica de todos los pueblos negros, entre los que constituye una tendencia instintiva. Así, del bubi, dice el Conde de Castillo-Fiel que «es aficionado en extremo a las bebidas alcohólicas, las que cuando no puede conseguir sustituye con agua de colonia, alcohol de quemar y, en ocasiones, hasta petróleo» (6). La influencia de la embriaguez prevalece en los más opuestos lugares del Continente. «Se ha podido hablar del licor como de un creciente problema en Kenya (mal social que también afecta al Africa francesa). Los días de paga, el absentismo a causa de la embriaguez, es una de las quejas de los patrones blancos contra sus empleados indígenas. El consumo del alcohol aumenta de día en día...» (7).

El alcoholismo supone, efectivamente, un inmenso peligro para el porvenir de la comunidad africana. La extensión de este problema llama no tan sólo la atención del sociólogo, sino que ha llegado a calar en el ánimo del artista para el que constituye un tema obsesivo. Así, debe hacerse notar que cuando el U. A. A. L. congolés concedió premios literarios a los autores indígenas del Congo Belga y del Ruanda-Urundi, el tercer premio lo obtuvo Cyrille Nzau por su novela *Sous les griffes de Ngwa-Nkazi*, que describe la tragedia de un nativo entregado a la bebida a consecuencia de infortunios familiares. El cuarto premio fué otorgado a Desiré-Joseph Basembé por *Drôle d'éclipse*, que relata las tribulaciones de un individuo permanentemente ebrio. El segundo premio, puesto que el primero fué declarado desierto, obtenido por Maurice Kasongo, *Meurtre dans un bar de Léo*, nos describe una prostituta alcoholizada. Es decir,

---

(6) CONDE DE CASTILLO-FIEL: «Notes para un estudio antropológico y etnológico del Bubi de Fernando Poo». I. D. E. A., pág. 79. Madrid, 1949.

(7) J. COMHAIRE: «La délinquance dans les grandes villes d'Afrique brésilienne». *Zaire*, diciembre 1949.



las tres obras premiadas abordan este mismo tema crucial. Es un síntoma revelador el que proporcionan esos documentos psicológicos que dan una viva imagen de la manera de ser, del estado de espíritu y del comportamiento de la actual generación y hasta qué punto ha sido influenciada por la civilización occidental. La literatura negra que hasta el momento consistía casi exclusivamente en monografías etnográficas y sociológicas o en narraciones y fábulas, no puede desatender los vivos problemas vigentes, y así se concentra en temas que, como los del alcoholismo y la prostitución, suponen la mayor gravedad. Este hecho de que los artistas congolese despierten sus almas primitivas a nuevas influencias es altamente sintomático.

Son muchos los que ante estos hechos se esfuerzan en definir y situar la condición del africano contemporáneo, así como a evocar su destino. Ante el panorama que presenta Africa en la actualidad es evidente que el fortalecimiento de la sociedad indígena tradicional supone un alivio en gran parte de los problemas. Así, el Reverendo P. Leshona, en la Comisión para el Desarrollo Económico-Social de las Areas Indígenas, en Pretoria, afirmaba que «el sistema de tribu debe ser mantenido en armonía con un modo de vida cristiano». El retorno a los tradicionales sistemas de vida, debidamente compaginados con las innovaciones que el progreso aporta, debe ser el módulo sobre el que se oriente la trayectoria de esas considerables humanidades actualmente amenazadas por la disolución. Siendo tan áspera la actual realidad es oportuno sacar conclusiones en cuanto a su porvenir, porque Africa no constituye una entidad homogénea, sino diversa y polimorfa. Una tierra que en su naturaleza muere, pero que alienta en su espíritu inéditas posibilidades para el mundo del mañana.

JULIO COLA ALBERICH

